

**Enrico Acquaro, CARTAGINE: UN IMPERIO SUL
MEDITERRANEO, Newton
Comptor editori (Roma, 1978), 215 pp.**

Esta obra, que forma parte de la serie "Paperbacks civiltà scomparsi", dirigida por el conocido investigador prof. Sabatino Moscati, de las aparecidas en los últimos años, es uno de los más completos, actualizados y novedoso análisis de las relaciones de Cartago con las demás potencias del Mediterráneo, en particular su rivalidad con Roma.

Enrico Acquaro es profesor de arqueología fenicio-púnica en la ya milenaria Universidad de Bolonia y ha participado en numerosas misiones de excavación y prospección en Algeria, Túnez y Cerdeña. Desde 1975 dirige las excavaciones en el Tofet de Tharros.

Este libro, dedicado a los estudiantes de la Universidad de Bolonia, se inicia afirmando que los últimos estudios sobre pueblos mediterráneos y , en particular, los de las grandes potencias mediterráneas, como Grecia y Roma, hacen aparecer principalmente el rol político cartaginés que se revela cada vez más determinante en los estudios sobre la historia antigua del mediterráneo.

Fundada hacia fines del siglo IX a. C., Cartago ha ligado su nombre a aquella magistral política mediterránea que le llevó a enfrentar con Roma. A esto se agregan, entre otras, una serie de conquistas culturales obtenidas paralelamente a las economías, que hacen, de manera determinante, que la cuenca del Mediterráneo sea el centro más vital de todo el mundo antiguo.

Cartago no fue sólo un intermediario de modelos orientales y egipcios; Cartago produce una gran cultura con su propia identidad, de lo cual son testimonios numerosas obras de artesanía, además de su estructura urbana.

El concepto de bárbaro que las fuentes literarias utilizan para referirse a los fenicios tiene una explicación claramente propagandista en los autores griegos y latinos llamados a interpretar la lucha entre Roma y Cartago, portadores en occidente de valores étnicos y culturales fenicios (p. 16).

Uno de los temas mejor tratados por el autor es el de la expansión mediterránea. El inicio de la expansión fenicia en el Mediterráneo coincide con el momento en que la autonomía de las ciudades fenicias se determina en torno al 1200 a. C. Este fenómeno, que tiene una profunda incidencia histórica en

el mundo antiguo, es parte, por lo tanto, de la misma problemática que se presenta para los orígenes de la identidad de los fenicios como pueblo.

En este ámbito, la expansión marítima de los fenicios no se puede entender como una repentina sustitución de Micenas por parte de los fenicios en la condición del comercio marítimo a nivel internacional, sino como la afirmación progresiva de una actividad ya iniciada de pueblos sirio-palestinos en el bronce tardío. Indudablemente que la caída de los reinos micénicos hace que la marina fenicia asuma un rol comercial en el Mediterráneo que antes sólo lo tenía en forma paralela. Esta nueva posibilidad de expansión encuentra en los pujantes aristócratas de las ciudades fenicias un soporte político y económico, funcional y determinante (p. 32).

Sobre esto, calza el cuadro en el cual se coloca el fenómeno de la irradiación fenicia, complejo articulo en el tiempo, en los centros urbanos.

El problema de los centros de expansión fenicia en el Mediterráneo no se agota con los asentamientos, sin sus claros orígenes y ambiente político y étnico. En un esquema el autor afirma que son tres los casos que se dan con más frecuencia durante esa expansión: escalas y fundaciones que tienen su origen en las ciudades fenicias de oriente, verdaderos puntos fijos de antiguos portolami, con la posibilidad de una evolución urbanística autónoma en la primera fase de la expansión (siglos XI-VIII); posteriores restos de escalas y fondeaderos organizados por las colonias occidentales ahora autónomas (siglos VII-V); verdaderas y propias refundaciones *ex novo* de ciudad en una lógica diversa de imperialismo territorial del cual se hace portador Cartago en su encuentro con los griegos y los romanos (siglos VI-III).

A estos datos el autor suma otros que permiten sostener que la presencia comercial y territorial de los fenicios es concreta en los puntos claves del Mediterráneo. Presencia que en los siglos IX- VIII ve consolidarse una real red colonial con quienes las colonias griegas y la confederación itálica se tendrán que medir. Aparece entonces Cartago jugando el rol de una nueva metrópoli del occidente púnico.

En relación con la presencia de Cartago en Africa éste, a juicio del autor, desarrolla una auténtica política africana, agregando que "Cartago y Aníbal no hubieran entrado en la historia si el elemento fenicio no hubiera, después de las primeras y traumáticas experiencias imperialistas, hecho propias las potencialidades de los recursos africanos" (p. 41). Las adquisiciones territoriales de ultramar comenzaron a dar sus frutos económicos sólo cuando la provincia africana encontrará un sobresaliente sistema de administración y de ese modo podrá proponer un sistema eficaz de recepción económica y política.

El gobierno de los Magónidas gesta dos de las fases formativas más decisivas de la historia de Cartago. Se refuerza la vocación imperialista de la ciudad y la organización y el usufructo nacional del territorio africano. Inserta activamente en el gobierno de las grandes potencias mediterráneas, Cartago interviene con prestigio en las

frecuentes contese que se determinan entre las ciudades de la Magna Grecia. La alianza con los etruscos permite a la metrópoli africana el intervenir también en la política itálica, asunto que Roma deberá tener presente en el momento de darle a su propia política un respiro mediterráneo (p. 46).

El autor sostiene que el interés de los Magónidas por la península ibérica y los territorios de Europa occidental no se agota con la fundación de Ibiza, como lo demuestra una intervención cartaginesa en torno al siglo V a. C. en defensa de las colonias fenicias contra las incursiones de los indígenas y la tentativa fallida de impedir a los focenses la fundación de Marsella, lo que vendría a explicar entre otros antecedentes la posterior amistad de Marsella con Roma contra Cartago después de la derrota de Alalia.

La crisis de la Confederación Etrusca hace que Cartago, dando prueba de gran ductibilidad política, se alinee sobre la misma posición de Cere y trate directamente con Roma sus propios problemas de política mediterránea, lo que queda testimoniado en Polibio en el tratado del 509 a. C.

En los años 307 al 264, fecha del estallido de la Primera, proponen objetivos comunes en función antietrusca y antisiracusano (p. 56).

El amplio prestigio político, económico y estratégico de Cartago en el control del Mediterráneo hará inevitable la confrontación directa con Roma, que tiene su expansión concreta en las guerras Púnicas en las cuales Cartago irá perdiendo progresivamente sus dominios en esa área.

El libro, además, contiene un acabado estudio de las instituciones, la arquitectura y el arte cartaginés, para detenerse en un valioso análisis acerca de los asentamientos en el Mediterráneo. Cobran gran importancia las islas del Canal de Sicilia, Cerdeña, Sicilia y la Península Ibérica, en los cuales según el autor se reafirma la vocación imperialistas y la capacidad de aprovechar plenamente esas experiencias.

Entre las principales conclusiones del autor, se desprende el hecho que la civilización de Cartago no es en occidente un módulo cultural del oriente medio o de Egipto, sino que ella por muchos aspectos produce una cultura propia.

Por último, el autor incluye una breve pero valiosa bibliografía comentada sobre el tema, de mucha utilidad para los estudiantes que quieran iniciar estudios sobre el mundo fenicio.

Raúl Buono-Core Varas
Universidad Católica de Valparaíso